

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instrucción: por don A. Pirala.—Indiferencia (poesia), por don Antonio Arnao.—La Corona de Violetas (conclusion).—El Destierro del Cid (continuacion).—Viajes: De Madrid á Londres, por don A. Pirala.—Variedades: Recuerdos de Alcalá de Henares (Art. 2.º), por don Enrique del Castillo y Alba.—Españolacion del Figurin.

INSTRUCCION.

*Consejos de una madre á su hijo, por la
Marquesa de Lambert.*

Aunque es necesaria la sociedad, es á veces recomendable y útil la soledad, para disminuir la impresion que causan en nosotros los objetos sensibles. Destinense algunas horas para leer y para reflexionar; porque *la reflexion es el ojo del alma; ella es por donde se introduce la luz y la verdad. Yo la llevaré á la soledad*, dice la sabiduria, *y allí hablaré á su corazon*. Y en efecto, allí da la verdad sus lecciones, allí se desvanecen las preocupaciones, allí se debilita la prevencion, y allí en fin la opinion injusta pierde sus derechos.

Así despues de haber asegurado la paz del alma, se goza la tranquilidad de la vida; no olvidando como reglas, el no entregarse á las cosas que agradan, sino prestarse á ellas; no esperar demasiado de los hombres por miedo de hallarse burlada y ser la primera amiga de sí misma.

Se encuentran demasiadas gentes que favorezcan la relajacion, y cuanta mas gente hay

mas autoridad adquieren las pasiones, y es seductor el vicio que va tan bien acompañado. El mundo comunica su veneno á las almas tiernas, y es mas fácil precaver las pasiones que vencerlas.

Es necesario tener recursos para lo peor que pueda suceder, y prepararse para las adversidades. Un favorito en el apogeo de su fortuna enseñaba un cajon á su amigo, y le decía: *aquí está mi tesoro*. Deseó verle, y al abrirle se encontró un vestido viejo todo desgarrado. A la sorpresa del amigo, contestó el favorito:

—Cuando la fortuna me vuelva á mi primer estado, estoy pronto.

Cuando se desee una cosa con afan, empiécese por examinarla: mirese los bienes que promete y los males que se pueden seguir. No se olvide lo que dice Horacio: «El deleite camina delante de nosotros y nos esconde su comitiva.» Para las necesidades de la vida son menester pocas cosas, y para satisfacer las de la opinion, infinitas; lográndose mas pronto poner los deseos al nivel de la fortuna que la fortuna al nivel de los deseos.

Pocas cosas ocupan tanto á la juventud como la esperanza, que es el sueño perenne del hombre despierto, que es una planta que tiene

sus raíces en la tierra y su fruto en el cielo, que conduce hasta el fin de la vida por un camino agradable; pero que es un pensamiento que aunque consuela puede ser peligroso, porque prepara disgustos, y el menor mal que sucede es dejar perder lo que se posée, esperando lo que se desea.

Y sin embargo, no destruiremos esta ilusión en la juventud: ¿qué sería de nosotros sin la esperanza? Verdadera virtud, la misma religión la consagra, y nos la impone; porque hace dulce las amarguras de la vida, mitiga los dolores, consuela las aflicciones y nos da encanto y bello porvenir. La ilustración y el juicio son quienes han de limitar nuestros deseos, alentar nuestras esperanzas, y ordenar hasta nuestros sentimientos. Esto llega á conseguir la instrucción.

A. Pirala.

LITERATURA.

INDIFERENCIA.

Desde el dulce momento
en que á los rayos de mi edad de oro
brilló mi pensamiento,
desde entonces, ó Lálae, te adoro;
desde entonces por tí morir me siento.

¿Qué espera el alma mía?
En vano, con amor, mi amor te llamo
por la noche y el día.
¡No comprendes el fuego en que me inflamo!
¡No comprendes mi ciega idolatría!

¿Qué alcanza mi ternura?
¿La noble inspiración que siento al verte,
cuál galardón me augura?
¿Quiero amarte á despecho de la suerte,
y llamas á mi amor, fugaz locura?

Mas ¡oh! Trás duelo tanto,
pronto en su seno apagará la tierra
mi amor y mi quebranto.
Verás entonces lo que el alma encierra,
y entonces llorarás... ¡Inútil llanto!

ANTONIO ARNAO.

LA CORONA DE VIOLETAS.

NOVELA ORIGINAL.

(Conclusion.)

Una mañana, era la primera que se levantaba. Isabel recostada en una butaca, tenía los ojos medio cerrados y parecía dormitar: su padre sentado en frente de ella contemplaba dolorosamente los estragos de una enfermedad, tan corta pero tan terrible, sobre la hermosa fisonomía de su hija, cuando Mariana entreabriendo suavemente la puerta, le hizo señas de que saliese al punto. Los dos conferenciaron precipitadamente, y luego se alejaron.

Un cuarto de hora después el señor de Ramirez volvió al cuarto de su hija, pero acompañado del médico á quien había mandado llamar con urgencia.

—Isabel, la dijo, hay allí fuera un oficial del regimiento de *** que quiere verte.

—Trae algo para mí de parte de Julio, no es verdad? respondió con una entonación que hacía estremecer.

—Sí!

—Pues ya sé lo que es! un pañuelo que yo le dí y que me ofreció llevar sobre su corazón mientras viviera! Qué venga, qué venga!

Quiso salir á su encuentro, pero sus fuerzas la abandonaron y cayó rendida en un sillón.

—Aquí está, dijo presentándola el pañuelo el militar que entró precipitadamente.

Isabel lanzó un grito. Acababa de reconocer á Julio!

—Se ha salvado! dijo el médico al señor de Ramirez, indicándole á su hija, con razón lo esperaba de esta sorpresa!

Los periódicos anunciaron la muerte de Julio, y sus amigos lo habían creído. Abandonado por muerto en el campo de batalla, había sido recogido después por un guarda, que le llevó á su choza, y le tuvo escondido mientras hubo peligro para él. Enviado entonces por el general en jefe con una misión para el gobierno y recientemente ascendido á coronel, iba al mismo tiempo á unirse para siempre con su amada!

La felicidad aceleró el restablecimiento de Isabel. Los cuidados de su padre, de Julio y de Mariana, la completaron. Aquella muchacha, reputada con razón por una de las mejores modistas de Madrid, había proporcionado á su anciana abuela el descanso y el bienestar para sus últimos años.

Siempre reconocida á Isabel, á la que tanto debía, durante su enfermedad lo habia abandonado todo, para no separarse ni un solo momento de día ni de noche de su cabecera.

Un mes no habia transcurrido, cuando Isabel, hermosa como nunca, y elegantemente vestida de blanco, daba la última mano á su *toilette*. Mariana formaba un lazo con su cinturon. Solo faltaba el adorno para la cabeza. Isabel vacilaba entre una sarta de gruesas perlas para sujetar sus negros cabellos, ó un gracioso prendido de flores; llamó á Julio que estaba en la habitacion inmediata para que la aconsejase. Entró vestido de uniforme, radiante de alegría, porque en aquel momento solo se esperaba á Isabel para la ceremonia nupcial. Detrás de él apareció encorvada por la edad y andando penosamente apoyada en un palo, la pobre ramilletera. Llevaba en la mano una fresca y graciosa corona de violetas blancas.

—No he querido dejar de tomar parte en la felicidad de vds., dijo á los dos: mientras el sacerdote los bendice, yo rogaré á Dios que haga á vds. tan dichosos como á mis nietos y á mí nos han hecho vds. Dios oye la voz del pobre cuando le invoca por sus bienhechores. Ojalá pudiera dar á vd., señorita, todos los tesoros del mundo, pero aunque pobre como yo, la ruego que admita esta corona. La infeliz ramilletera no tiene mas que flores que ofrecerla en cambio de sus beneficios.

—Gracias, gracias! la respondió conmovida Isabel: el valor de los regalos no se mide sino por el cariño de la persona que los hace.

—Sí! dijo entonces Julio, ciñe con esa corona tu frente inmaculada: ninguna reina la tendrá mejor; lejos de costar sangre ó lágrimas de dolor, está regada por las del reconocimiento. La flor que la formó es la perla de nuestros jardines, y te retrata: eres modesta como ella; pura como su perfume! La hemos hecho ademas emblema de nuestros amores. La primera vez que esta pobre anciana te ofreció un ramillete de violetas, y teniéndolo los dos estrechó nuestras manos unidas bendiciéndonos, creí ver en aquel instante una intervencion divina.

—Y yo tambien! respondió la hermosa jóven. Julio, tengamos fé en el porvenir, porque nuestro amor está bendecido por el cielo!

—Ay! señorita, añadió Mariana conmovida, yo nada sé ni entiendo, pero el corazon me dice que Dios se lo ha concedido en premio de su generosa accion; porque si lo reflexionamos bien, todas las

satisfacciones tienen su origen en alguna buena obra.

Isabel, dijo terminando la señora que nos referia esta historia, es completamente dichosa: ha conseguido en la tierra lo único que constituye la verdadera felicidad para una mujer: la consideracion y el respeto de los que la conocen: el cariño de cuantos la tratan, y el amor de su familia!

DOLORÉS CABRERA Y HEREDIA.

Ciudadela de Jaca, Enero de 1855.

EL DESTIERRO DEL CID.

(Continuacion.)

El puente estaba bajo, el rastrillo alzado, y solo una puerta que á continuacion de este último aparecia cerraba la entrada al castillo. Reinaba allí un profundo silencio, y el edificio parecia completamente deshabitado, como que la yerba empezaba á brotar entre las piedras de una calzada, que partiendo del pié de la colina iba á perderse en la entrada de la fortaleza.

Uno de los servidores del Cid hizo resonar una bocina; pero nadie contestó á aquella señal.

—¡Ah de mi castillo!... gritó el Campeador con voz robusta; pero tampoco recibió contestacion alguna. Entonces acercó su caballo á la puerta y dió en ésta con el cuento de su lanza.

La puerta, que solo estaba entornada, se abrió, y todos los caballeros penetraron en un ancho patio donde la yerba brotaba por todas partes, donde no se advertia huella humana, donde reinaba el mas profundo silencio. Multitud de aves, que al parecer anidaban allí tranquilamente hacia tiempo, comenzaron á revolotear espantadas al oír el ruido de las armas y los caballos, ruido que sin duda era ya gran novedad en aquel sitio.

El Cid, sus caballeros y sus servidores se sintieron dolorosamente conmovidos al contemplar la desolacion que presentaba aquel edificio, que tan animado dejaron al partir á la guerra, y sobre todo inciertos como estaban de la suerte que habia cabido á sus moradores.

Descabalgaron, pues, en el patio, y Rodrigo Diaz, acompañado de Martin Antolinez, Alvar Fañez Minaya y Gil, amen de algunos otros caballeros y servidores, se encaminaron á los aposen-

tos altos del edificio, los que se pusieron á recorrer pintándose en sus semblantes la ansiedad y el dolor.

La desolacion era completa en todas partes: las puertas estaban descerrajadas y rotas, las arcas vacías, las perchas sin pieles ni mantos; habia desaparecido la ropa de los lechos, la vajilla de los armarios, las armas de la recámara y hasta las jaulas de los halcones y los azores estaban vacías. ¡Hubiérase dicho que encarnizados enemigos habian entrado á saco en el castillo!

El Cid que, sentado sobre una arca, hacia algunos momentos permanecia como abismado en profunda y dolorosa meditacion, se levantó de repente con los ojos arrasados de lágrimas, y lanzándose á una espaciosa cámara donde se veia la armadura de uno ó mas lechos, exclamó con desesperacion:

—¡Dónde estais mi Jimena, y mi Sol y mi Elvira! ¡Dónde estais que no os encuentro aqui, en el solar de mis mayores, donde á vuestro lado gocé tanta dicha, donde al partir contra los enemigos de mi Dios y de mi patria os colmé de dulces ósculos, y os dejé fiado que quedabais tan seguras como si mi lanza y mi escudo os protegiesen! ¡Cómo no os encuentro cuando vengo á reposar á vuestro lado despues de largos dias de ausencia, de fatigas y de combates, de pasar las noches cabalgando en mi leal Babieca ó durmiendo en las desabrigadas tiendas de los campamentos!

Gil se acercó al Campeador con los ojos arrasados en lágrimas, y le dijo:

—¡Señor, no os acuiteis de ese modo, que aunque vuestro dolor sea grande, no es bien que así se abata el Cid Campeador!

El Cid se indignó de su misma debilidad, y serenándose de repente, estrechó contra su seno al mancebo, y le dijo:

—Tienes razon, ¡oh mi buen Gil! Vergüenza, y grande es que un caballero que nunca sintió pavor ni debilidad en los combates en que ha pasado casi toda su vida, se abata de este modo, y aun llore y se acobarde como una hembra! ¡Por Santiago de Compostela, que niño aun, tienes ya mas seso que un hombre de luenga barba!

El mancebo se ruborizó como una doncella al oir aquel elogio, y dijo como para que el Cid mudase de conversacion:

—Señor, fíenos que en Búrgos hemos de hallar á mi señora doña Jimena y las niñas.

—Plegue á Dios y Santa Maria que así sea, respondió el Cid, y añadió dirigiéndose á todos los circunstantes:

—¡A Búrgos, mis caballeros y servidores! ¡Aguijemos sin treguas hasta llegar á Búrgos!

Algunos momentos despues tomaron el camino de Búrgos el Campeador y su mesnada.

III.

—Paréceme, dijo Martín Antolínez, que debiéramos llamar en alguna de estas casas que hay cabe el camino para informarnos de esta gran novedad.

—No harémos tal, Martín, contestó Rodrigo, que acercarnos á esas casas seria contemplar nuevos cuadros de desolacion, y hartos nos han contristado ya. ¿No veis que todas ellas tienen trazas de estar deshabitadas?

—Mas es triste cosa que estemos en esta cruel incertidumbre cerca de tres horas que tardaremos en llegar á Búrgos.

—Aguijemos sin cesar nuestras cabalgaduras para reducir á la mitad ese tiempo, que espero hallar á mi familia en mi casa de Búrgos.

—Sí, eso debemos hacer.

Babieca pareció comprender las palabras y los deseos de su señor, pues antes que éste le arrimase el acicate apretó el paso, y las demas cabalgaduras le imitaron.

La noche acababa de cerrar cuando nuestros caballeros se acercaban á Búrgos.

Iban ya á entrar en la ciudad, cuando en una atalaya que se alzaba en la entrada del Norte sonó una campana. Aquel toque produjo una agitacion singular en la ciudad: oyóse un extraordinario y prolongado murmullo acompañado de ruido semejante al que produce el cierre de muchas puertas y ventanas, y á los pocos momentos todo calló y quedó sumido en profunda oscuridad.

El Cid y los suyos se detuvieron un momento asombrados por el misterio que los rodeaba. La luna, que hasta entonces habia estado velada por un espeso nubarron, rompió en aquel instante sus prisiones y se mostró clara y hermosa sobre un fondo trasparente y azul.

El Cid y los que se hallaban á su lado sintieron en torno suyo un ruido semejante al aleteo de las aves: alzaron la vista y vieron revolotear sobre su cabeza dos cornejas, una negra y otra blan-

ca, es decir una de buen agüero y otra de malo, según la creencia de aquellos tiempos.

—El mal y el bien nos rodean, exclamó el Cid; el mal va pasando, pues hace tres horas que le tocamos y nos acercamos al bien. ¡Adelante, mis caballeros y servidores!

Y todos se encaminaron á la ciudad. Todo continuaba en silencio en las plazas y las calles que atravesaban. Densos nubarrones se iban amontonando en el cielo, y una espesa niebla envolvía á Búrgos. Unicamente turbaban aquel silencio los sollozos que se oían de cuando en cuando en el interior de algunas casas.

Dirigiéndose los recién llegados á la del Cid, que se hallaba en el extremo occidental de la ciudad, al pié del empinado cerro donde se alzaba el alcázar, y su sorpresa llegó al colmo cuando la hallaron cerrada y silenciosa como todas las demás.

—¡Ah de mi casa!... ¡Ah de mi casa!... gritó el Cid con voz atronadora. Pero no obtuvo respuesta.

—¡Ah de dentro! ¡Ah de dentro! gritaron sus caballeros y servidores. Pero los de dentro, si los había, no respondieron.

Entonces el Campeador acercó el caballo á la puerta, sacó el pié del estribo y dió á aquella una fuerte patada. Pero la puerta no se abrió.

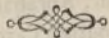
¡Derribemos la puerta! exclamó el Cid. ¡Santiago de Compostela! ¿quién osa cerrarme las puertas de mi casa?

En aquel instante se abrió una ventana que daba sobre la puerta de una casa frontera, y una hermosa niña de nueve años se asomó á ella y dijo:

—¡Campeador, el que en buen hora ciñó espada! Sabed que desde Leon, donde está, ha mandado el señor Rey su carta vedando á todos sus vasallos el daros posada, el venderos pan, carne y vino, y hasta el hablar con vos, so pena de perder los haberes y los ojos de la cara, porque es su mandado que salgáis de esta tierra antes que sean pasados nueve días, y para que tal hagáis, no teniendo vianda que yantar ni lecho en que dormir, háse entrado á saco de su órden vuestra casa de Vivar y esta que aquí teneis. Campeador, nada ganais con nuestro mal: ¡Idos, y que os valgan Dios y Santa María!

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.



VIAJES.

DE MADRID Á LÓNDRES.

(Viaje panorámico.)

I.

Después de tanto como se ha escrito reseñando viajes á París y á Lóndres, sería temerario seguir el mismo tema. No interesa tampoco á las amables lectoras del *Album* la narración detallada del estado de la industria, de las ciencias, de las artes, de la política, de todo cuanto hiere la imaginación del viajero, que ávido de impresiones y de verlo todo, apenas puede trasladar á su cartera los ligeros apuntes que le recuerden lo mucho que vé y lo poco que examina, comparando menos por consiguiente.

Creo no debe viajar ningún español por el extranjero sin hacerlo antes por su patria: así hará comparaciones que nos son muy ventajosas, y no sufrirá tanto el sentimiento pátrio. El que haya visto nuestras mas célebres catedrales y el monasterio del Escorial, no hallará superiores en Francia ni en Inglaterra, á pesar de que la parte exterior de la Abadía de Westminster, en Lóndres, es un prodigio de trabajo, una riqueza de filigrana de piedra, que no tienen nuestros primeros templos. El que haya recorrido los bien trabajados campos de Valencia y Tarragona, no se asombrará del esmerado cultivo con que se hace rica en Francia, esa no muy fértil tierra, como la enriquecen también los sencillos y afanosos pobladores de las provincias Vascongadas. Nada enseña como la comparación, por eso ilustran los viajes, si se hacen con regular cuidado.

Hasta que crucen las locomotoras nuestra rica y triste Castilla, será monótona y pesada su travesía; pues exceptuando las pintorescas sinuosidades de la sierra, los fértiles y bien cultivados campos de Aranda y Briviesca, y la imponente austeridad de la garganta de Pancorbo, va oprimido el ánimo del viajero hasta llegar al país vasco. Las verdes llanuras de Alava, las enhiestadas cumbres de Arlaban, con su verdor perenne, ofrecen una nueva naturaleza, variada, magnífica, siempre alegre y animada, que hace breve y deleitoso el viaje hasta Irun, último pueblo de España, é inmediato á la Isla célebre de los Faisanes (que los tendría en otro tiempo.) Esta pobre y pequeña isla, en medio del Bidasoa, excita la curiosidad por su fama histórica, pues en ella recibió á la vez á las princesas doña Ana de Austria, primogénita de Felipe III, que

subió al trono francés que ocupaba Luis XIII, y á su hermana doña Isabel de Borbon, primogénita de Enrique IV, que compartió despues con el de Felipe el sólio español, renunciando los contrayentes de tan célebres enlaces sus derechos á la corona de su país.

Así en aquella Isla, como en el campo donde presencié Vergara el fin de una lucha fratricida, nada dice que allí tuvieron lugar aquellos dos grandes acontecimientos; verdad es que ambos sitios pertenecen á España.

Bayona es un pueblo mas español que francés: asentado á las orillas del *Adour*, tiene el aspecto de una gran poblacion sin serlo. Sus alrededores son bellísimos: preciosas quintas embellecen todas sus inmediaciones, y por todas partes hay excelentes caminos. Las fortificaciones que la rodean, especialmente en la parte que mira á España, prueba lo temida que fué nuestra nacion en algun tiempo.

Al N. de Bayona está la magnífica estacion del camino de hierro para Burdeos, y por menos de 100 rs., y en primera clase, se va en seis horas á esta ciudad; pudiendo dormir tranquilo el viajero, pues nada mas triste que las interminables Landas, donde solo se ve algún rebaño y sus pastores, que á primera vista parecen atalayas, por estar sobre zancos, á dos ó tres varas del suelo. Frondosos pinares, bien aprovechados por continuas sangrías para sacar la resina, interrumpen á veces la monotonía de aquel país.

Las inmediaciones de Burdeos ya son vistosas, y la poblacion no deja de sorprender. Es una de las primeras de la Francia; y el Garona la hace uno de los puertos mas concurridos, dándola riqueza y grandiosidad. Es la Sevilla de nuestra patria, aunque no tan alegre como la reina del Guadalquivir.

A. PIRALA.

VARIEDADES.

RECUERDOS DE ALCALÁ DE HENARES.

A la Señora

D.^a MARÍA SALMON DE DIAZ PEREZ.

II.

Palacio Arzobispal.

Uno de los edificios mas notables de Alcalá es el Palacio de los Arzobispos de Toledo, y á haber-

se terminado todas las grandes obras proyectadas en él, seria un modelo de perfeccion artística. El primer patio de este Palacio no consta mas que de una fachada con tres altos, cuyas ventanas están llenas de adornos del mejor gusto, asemejándose á los que hay en las del Alcázar de Toledo, lo que induce á creer seria obra del mismo artífice. En tiempo del Sermo. Sr. Infante D. Luis, Arzobispo de Toledo, se colocaron las armas Reales en el medio de la fachada, con motivo de varios reparos anteriores que en el Palacio se hicieron. El segundo patio es cerrado de claustro inferior y superior, con arcos, y unas sesenta columnas, rematadas por estrños y hermosos chapiteles, las armas del Arzobispo D. Alfonso de Fonseca, y otros adornos debidos al ingénio y habilidad de Alonso Berruguete, que nació en Paredes de Nava hácia los años de 1480, y fué pintor y escultor de cámara del Emperador Carlos V. Al entrar en este claustro, á la izquierda, se halla la escalera, con veinte y nueve cómodos y largos escalones de una sola piedra cada uno. En su arco, paredes y balaustres, se admiran prodigiosas labores, grotescos, figurillas, etc., que demuestran la maestría del citado Berruguete, á quien se encargó este trabajo por mandato del Cardenal y Arzobispo D. Juan Tavera, como lo indican sus blasones intercalados allí. En la fachada del jardin hay cincuenta y dos columnas; veinte y cuatro en la de la huerta, adornadas en sus pedestales de grifos y trofeos, con arcos que dan luces á un claustro ó pasadizo; y ochenta y dos tambien con arcos, en otra fachada, que ostenta las armas del dicho Arzobispo Fonseca. Es inmenso el número de habitaciones de este Palacio, pues solo en la parte de arriba, refieren que hay 366 piezas, y casi otras tantas en el piso bajo. Habiendo residido en él algun tiempo el Señor Rey D. Felipe V, cuando volvió de Nápoles, fué necesario variar la distribucion primitiva de los aposentos, y hacer separaciones con tabiques, para comodidad de la Real familia. Sin embargo, aun se conserva un salon de cincuenta pasos de largo, donde es fama, se celebraron los últimos *Concilios Complutenses*, y las *Córtes de 1348*, en que se dieron á luz *Las Siete Partidas* y el *Ordenamiento Real*.

III.

La antigua Complutum.

El Villanovano, Abraham Hortelio, Fr. Francisco de Vivar, Rodrigo Caro, San Ildefonso, Am-

brosio de Morales, el Arzobispo D. García de Loaisa, Felipe Ferrario, Mario Aresio, siracusano, Juan Gerundense, Lucio Marineo Sículo, Juan Vasco, Matamoros, el Maestro Alvar Gomez, el Maestro Alonso Sanchez, D. Tomás Tamayo de Vargas, Alcocér, Garibay, Fr. Juan de Marieta, Pisa, Padilla, Medina, Cobarrubias y Orozco, Mariana, Salazar de Mendoza, Pellices de Salas y Tobar, Alonso de Villegas, Mendez Silva, Alonso Tellez de Meneses, el Padre Roman de la Higuera, el Padre Maestro Florez, D. Juan Lopex, Cortés, Cean Bermudez y Traggia, reducen á Alcalá de Henares la antigua *Complutum*; y por el contrario, la reducen á Guadalajara, los escritores Luitprando, Julian Perez, (la crónica general de D. Alfonso el Sábio), Don José Alderete, Fr. Luis de Escobar, el Moro Rapis, Albar Gomez de Ciudad Real, Perez de Castro, Medina y Mendoza, Florian de Ocampo, y el Padre Hernando Pecha. Si el nombre *Complutum*, es griego, compuesto de las raíces *come* y *plautos*, que quiere espresar *pueblo rico*, conviene mas á Alcalá; si es latino, puede interpretarse *pueblo muy regado ó humedo*, como la tierra de *Cesén*, que se llamó *Compluta*, segun San Gerónimo, y entonces es mas propio de Guadalajara. Esto es todo lo que únicamente hay atendible para decidir cuestion tan debatida; pues ni la doctrina del ilustre geógrafo español *Pomponio Mela*, ni la de *Plinio*, ni las graduaciones del gran matemático *Ptolomeo*, ni el *Itinerario de Antonino*, ni la inscripcion de la *Barca de los Santos*, que unos y otros presentan en su apoyo, y dice así:

Ymp. Nerva. Cae.
Sar... av. Tra
ianus. Ger. Pont.
Max. Trib. Pot.
...II. P. P. Cos. Y..... res
Titvit. A.
Compl.

ni la que Morales encontró á media legua de la Villa de Arganda, en el despoblado de Valtierra,

Ymp. Nerva
Caesar aug
Traianus
Ger. Pont
Max. Trib
Pot. IIII. P. P.
Cos. II. Restituit
A Compl. XIV.

ninguna hay que sea concluyente, ni que nos su-

ministre alguna luz. No obstante, nosotros tenemos la conviccion que es posible adquirirse en la materia, de que Alcalá es la célebre *Complutum de los antiguos*; siendo uno de nuestros principales fundamentos la noticia de que en el siglo III, á 6 de Agosto de 304, el perseguidor Daciano hizo matar en el *Campo laudable*, de la jurisdiccion de *Complutum*, á dos hijos de la misma ciudad, llamados despues los *Santos niños Justo y Pastor*, de siete años aquel y nueve éste:

Vix Yustus annum septimum.
Nonumque Pástor egerat... (oficia sanctorum in festivit
Jus. et Past.) aun iban á la escuela,
Yllico scholan reliquunt.
El Tabellas abnunt. (Hymn. Goth.)

Distante un cuarto de legua de Alcalá existe la fuente *del Juncar*, y cerca de ella el *Paredon del milagro*, que algunos creen firmemente son las ruinas de la escuela adonde iban á estudiar los santos niños. Los cuerpos de estos mártires fueron recogidos por los cristianos y colocados en dos altares, que no tardaron en caer á los rudos embates de la gentilidad. San Ildefonso manifiesta, que Asturio, Arzobispo de Toledo en aquel tiempo, fué quien descubrió nuevamente los cuerpos de Justo y Pastor, por revelacion del cielo, con cuyo motivo erigió la *Sede Complutense*, de la que se nombró primer Arzobispo, renunciando la silla de Toledo.

IV.

Alcalá de Henares la vieja.

En un cerro á la orilla izquierda del rio Henares, sobre la Cuesta de Zulema, término de San Juan del Viso, frente á la Ermita de *Nuestra Señora del Val*, muy próxima á Alcalá, estaba colocada la ciudad antigua, en la que se descubren todavía las ruinas de un Castillo, y algunas cisternas ó aljibes, pertenecientes sin duda á la fortaleza. Situado al Oriente de la citada cuesta, se alza el cerro llamado hoy *Mal vecino*, y antes de *Bella Cruz* ó *Vera-Cruz*, por la piadosa tradicion de que en él se apareció á los cristianos una Cruz, cuando el arzobispo D. Bernardo ganára á los moros el referido Castillo; en memoria de cuyo suceso, acaecido el dia 3 de Mayo, se edificó en la cumbre una gran ermita y otras dos mas pequeñas en la inmediacion.

Bien quisiera ocuparme en reseñar otros muy dignos de mencion, tal coma la *Magistral*, el Co-

legio de Jesuitas, el del Rey, varios edificios particulares, y las ruinas de la *Casa del Rico-hombre* y de *Cervantes*, pero los límites de este periódico no lo permiten.

ENRIQUE DEL CASTILLO Y ALBA.

Esplicacion del Figurin.

FIG. 1.^a *Traje de sociedad*. — Vestido de muselina blanca bordada, adornado con cinta color de rosa y encajes negros.

Este traje lleva cuatro volantes, que graduados ocupan casi toda la falda: debajo de cada uno se colocan estiradas sobre la falda dos cintas color de rosa, dejando asomar la orilla de la última por debajo de las ondas del volante, y al canto de esta cinta va ligeramente fruncido un encajito negro, que la mitad de él deberá quedar al aire, cayendo sobre el volante.

Falda interior de tafetan blanco.

Cuerpo escotado, sobre el que va una berta escotada en forma de corazon, por la espalda y el pecho. Esta berta se compone de una cinta rosa, cubierta de muselina y un volante al aire, tambien de muselina bordada, con ondas, que juegan con las de la falda. Un encajito negro, cosido de un lado solamente, marca sobre el volante una greca sencilla. En el trozo que en forma de corazon queda sobre la berta, se colocan varios rizaditos de tul, que separándolos convenientemente ocupan aquel hueco.

La manga lleva tres follados separados por una puntilla negra. Un ancho volante bordado como el resto del traje, termina esta graciosa manga: sobre ella, y como si sostuviera la berta, guardando su misma forma, se coloca una cinta rosa con su correspondiente encaje negro. En la cabeza va una guirnalda de rosas que rodea el peinado, y forma un grupo en cada lado: en el pecho se coloca una rosa igual á las de la cabeza con dos ramos de las mismas flores, que partiendo á derecha é izquierda se entrelazan con los rizados de tul.

FIG. 2.^a *Traje de paseo*. — Vestido de seda labrado, color de moda: el dibujo menudo, de un color un poco mas subido que el del fondo, da al traje un viso de muy buen efecto.

Este vestido lleva doble falda: la primera tie-

ne al rededor, sobre el bajo, tres órdenes de cinta negra brochada de colores, formando cenefa. La segunda, ó sea la de encima, que dará ver una media vara de la otra, lleva un adorno exactamente igual al rededor, y sobre él formando costadillos, van cintas, que colocadas en dimension llegan hasta la cintura. Los picos de la cinta deben doblarse hácia dentro, para que el adorno termine en punta por ambos lados: la primera, que va sobre la cenefa, tiene 25 centímetros, disminuyendo cada una un poco hasta la última, que solo tiene seis, y deben estar todas separadas por igual distancia. La chaqueta muy ceñida al talle sube lisa hasta arriba, y no lleva costura en la cintura, es decir, que la aldeta y la caída, ó lengüeta que forma, es de la misma pieza del cuerpo: baja abotonada hasta el sitio en que se entreabren un poco las dos caídas, que descansan redondas sobre la falda. La aldeta parte cuadrada sobre la cadera, hasta la espalda en que vuelve á alargar, formando la misma figura que por delante. Una cinta igual á las de la falda guarnece toda la chaqueta, y sube por el pecho desde la caída de la aldeta á bajar por la espalda en forma de tirante: una segunda cinta nace debajo de la otra á la mitad del pecho, y separándose de ella en el hombro, cubre la pegadura de la manga, y va á morir debajo del tirante á mitad de la espalda. Estas dos cintas solo deben ir cosidas del borde superior.

La manga tiene arriba un trozo liso; á él van unidos dos huecos, y la termina una ancha guarnicion.

Cuello bordado, guarnecido de un encaje, mangas interiores bordadas tambien con picos rodeados de puntilla.

Sombrero de crespon color de rosa, adornado de grupos de flores: en el interior del ala rizados de blenda blanca, y bastante alto, de modo que descansen sobre el cabello, un lazo de cinta de terciopelo con orillas color de rosa. Un velo de tul blanco con motitas color de rosa completa el adorno del sombrero.

